CARLOS A. DISANDRO

SOBERANIA FUNDACIONAL: BRASIL Y ARGENTINA

EDITORIAL MONTONERA
LA PLATA

Copyright by EDITORIAL MONTONERA y CARLOS A. DISANDRO

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Noviembre 1967

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso de los editores.

Esta conferencia fue escrita en marzo de 1967, y leída por primera vez en Buenos Aires, a comienzos de abril del mismo año, con motivo de la reunión de presidentes americanos en Punta del Este. Posteriormente fue repetida en Córdoba, La Plata, Quilmes, Lanús, etc. y finalmente, cerrando el ciclo de esclarecimiento sobre las relaciones Argentina-Brasil, pronunciada por última vez en Buenos Aires, en julio de 1967, para alertar a los argentinos sobre sospechosas corrientes "integracionistas" y "desarrollistas", que erosionan la soberanía nacional. Entretanto, de marzo a julio, una multitud de acontecimientos y una abundante información, procedentes de los más diversos sectores, han corroborado los temores, expuestos en el texto de la disertación. Los planes sinárquicos en cuanto al vínculo Brasil-Argentina parecen más acelerados y más oprimentes que lo que mi pluma describe. Por ello he creído oportuno agregar, en un sucinto apéndice informativo, los signos inequívocos de lo que proyectan esos poderes superestatales y contranacionales.

El lector debe tener en cuenta que se podría formar una voluminosa carpeta, capaz de quitar las esperanzas al patriota más enhiesto y vigoroso. Sin embargo, los planes sinárquicos siguen encontrando la tenaz oposición de los más esclarecidos argentinos y de la voluntad nacional más enraizada en la tierra. Un pavoroso trabajo de desinformación y de siniestra psicotécnica política detiene la manifestación cabal de esa voluntad. Por eso mismo, nuestra tarea consiste en aportar un esclarecimiento sin ambages, que no se detenga en pole-

mizar ni con el enemigo, ni con el gobierno ocasional que nos rige, ni con otras instancias de sospechosa actuación doctrinal y política, sino que subraye una premisa muy clara: los argentinos no aceptaremos "integraciones y desarrollos" espúreos, imaginados y construidos contra la voluntad soberana de mantener nuestro fisonomía nacional.

La conferencia fue pronunciada en diversos locales sindicales, que prestaron su franco apoyo a esta labor, dura y grave, muchas veces carente de brillo, otras enfrentadas a inevitables incomprensiones y postergaciones, pero siempre al servicio de la entidad misma de la Patria. A todas esas organizaciones y a los jóvenes que procuran ahora, con incuestionable sacrificio, la publicación de este texto, debo agradecer fervorosamente la patriótica y fraternal colaboración en una lucha, que no puede cesar en tan sombríos momentos.

CARLOS A. DISANDRO.

1

La segunda mitad del año 1966 se caracterizó, en lo que atañe a nuestra patria, por la instalación de un nuevo gobierno, por el desfonde de las esperanzas falsamente acumuladas y por una ofensiva sin precedentes contra la tradicional concepción de soberanía política. La llegada del historiador inglés Mr. Toynbee señaló un momento culminante de esta peligrosa situación, que se manifestó en muy diversos niveles, reuniones, propagandas, discursos y programaciones. Enfrentamos a Mr. Toynbee y señalamos que era un simple personero de poderes superestatales y contranacionales, un personero de planes *sinárquicos* en ejecución.

Luego tuvimos la visita del entonces canciller brasileño Juracy Magalhaes, la reunión de ejércitos americanos, los discursos de nuestro canciller en la UN y en otras reuniones yankees, la reunión episcopal latinoamericana en Mar del Plata, etc. etc.

En febrero de 1967 ha seguido la reunión de cancilleres de la OEA y diversos conciliábulos y encuentros. Y otra vez la rueda de discursos y palabras prometedoras, mientras nuestro país parece impedido de salir del caos político institucional, en que se debate hace ya más de una década, del caos económico y del caos educacional.

Una concertada propaganda que viene de los más diversos y contrapuestos sectores; que cita tanto el ecumenismo, el *aggiornamento* y la modernización, como razones tecnológicas,

sociológicas y militares; una concertada propaganda que ha elegido el campo hispanoamericano para un vasto ensayo integracionista y desarrollista, cuyos últimos designios significarían la abolición de las naciones y la construcción por etapas de un gobierno mundial; una propaganda sin cuartel, sin restricciones, sin respuestas eficaces, está minando los fundamentos del verdadero idealismo nacional, transformando la noción de patria en un mezquino recurso de sentimientos infantiles, y deteriorando la cohesión de la idea de soberanía y de sociedad soberana.

Podríamos multiplicar los ejemplos que se suceden día a día, en medio de un silencio pavoroso de los otrora defensores de la tradición. Esos ejemplos pueden recogerse en los campos más opuestos, pueden presentarse con las finalidades más contradictorias o con los términos más engañosos: su resultado siempre es el mismo, la abolición lisa y llana de la Nación.

En un periódico nacional-tradicionalista, de noviembre de 1966, periódico destinado a estamentos de la élite (o supuesta élite) dirigente argentina, se hace el planteo de lo que allí se denomina "Perfiles regionales de nuestro destino nacional". Tomando como fundamento la siniestra autoridad sinárquica de Toynbee, que según el articulista es quien ha captado mejor la comunidad de destino de la zona sur del continente, se habla de una suerte de engañosa división entre Argentina y Brasil: la primera que representaría lo más granado de occidente; el segundo, integrando una cierta tendencia negroide, incluso en las vastas transformaciones del llamado ecumenismo cristiano. Entusiasmado por este falso esquema de Toynbee, el periódico entra a defender conceptos inadmisibles para la soberanía nacional. Este es un ejemplo de los espejismos que crea la propaganda: no se puede hallar ningún fundamento en un diablo como Toynbee, como no sea para sujetarlo en un cepo, conveniente y duro.

Tomo ahora otro ejemplo de la ribera contraria, de aquellos que defienden la así llamada tradición liberal, que se

respaldan en organismos y trenzas internacionales como la UN y la UNESCO. Precisamente el 4 de noviembre fue celebrado en Buenos Aires el vigésimo aniversario de la creación de la UNESCO, organismo típicamente sinárquico, que funciona ahora incluso con la promoción del Vaticano. La ceremonia contó con la presencia de una delegación oficial del gobierno argentino, presidida por el secretario de Educación. Se escucharon los discursos de Borges, Abel Sánchez Díaz, Gelly y Obes. Borges opuso dos formas de pensar: pensar en términos de nacionalidades y en términos de humanidad. Lo primero representa, según Borges, un mundo perimido y viejo; lo segundo en cambio es el mundo moderno. Se felicitó por la actual división en los llamados bloques occidental y oriental, por que ello indica que se ha avanzado hacia la unidad mundial, pues ya no existe aquella multiplicidad de otras épocas. Afirmó textualmente: un ejemplo de la idea de humanidad está dada por el ajedrecista, hombre a quien no interesa tanto el resultado del partido, como el juego mismo; frente a él está el hombre adicto al fútbol, a quien no le interesa nada, ni siquiera el fútbol, y sólo quiere que triunfe un grupo, un cuadro, una facción. Entre ambos el primero, es decir, el ajedrecista, es el que representa el mundo moderno. ("La Prensa", 5/XI/66, pág. 3).

Traducida esta oposición a nuestro tema significaría: los que defendemos las soberanías nacionales somos vulgares "hinchas" de una realidad inexistente y perimida, verdaderos facciosos que esgrimiendo la idea nacional impedimos el progreso, el desarrollo y la integración; los que ponen sus ojos en la "humanidad", esos son espíritus finos, profundos y pulcros, en esos debemos confiar, son ellos ahora los maestros y guías de los pueblos, que deben aceptarlos como sus salvadores, como los constructores de una planificación total, que será como el paraíso sobre la tierra.

Podría multiplicar los ejemplos tomados de los más contrapuestos sectores. Todos ellos rivalizan en instrumentar esta nueva ola superestatal y contranacional, según ideologías más

o menos espúreas; adoptan maestros más o menos autorizados; proponen esquemas más o menos falaces. Desde los sectores tradicionalistas a los sectores progresistas, desde los estamentos católicos a los que se presentan como librepensadores, de izquierda, o así llamados revolucionarios, el embate contra la idea nacional, contra un programa político nacional, en una palabra contra la s o b e r a n í a es incontenible, concertado y sin exclusión de ningún nivel cultural o profesional. Todos son "expertos de humanidad", aunque para ello deban sacrificar la patria concreta, la fe concreta, el templo concreto, el hombre concreto y la tierra intransferible y sagrada que se constituyó en historia por una sangre concreta. Todos cantan loas a la humanidad abstracta, pero sacrifican los hombres de carne y hueso, las naciones, los pueblos. A esto le llaman *aggiornamento,* modernización, tecnificación. Nosotros le llamamos aprestos de una vasta esclavitud.

2

A la venida de Toynbee, siguió la venida del entonces canciller del Brasil, general Juracy Magalhaes. Este militar-político ha tenido como sabemos prominente actuación en el gobierno del mariscal Castello Branco, cuya revolución puede ser estudiada como signo de ciertas orientaciones sinárquicas en las actuales revoluciones militares de Hispanoamérica. El canciller Magalhaes difundió entonces, no sólo en Argentina, sino también en otros países de América, e incluso en Europa, un primer esbozo de integraciones regionales que naturalmente correspondían a ciertas perspectivas de la política brasileña y a ciertos fuertes estímulos de la política exterior norteamericana. Sabemos además que Brasil es fuerte partidario de la FIP, y que ha tenido ostensible intervención en la crisis de Santo Domingo.

Todos estos antecedentes, seguidos en su evolución cotidiana a lo largo de un año, han ido mostrando una fisonomía nueva en ciertos aspectos del panorama hispanoamericano, alimentada por quienes desde la Argentina sueñan con políticas contrapuestas pero del mismo signo sinárquico. Pues la concentración sinárquica trabaja igualmente con el viejo sedicente nacionalista, que se ha pasado con armas y bagajes a la política de integración, como con el viejo sedicente liberal que se ha pasado a su vez a la ejecución de una idea totalitaria.

A estas formas ostensibles de abandono de la idea nacional, se suman otras soluciones no menos peligrosas en cuanto

a la inteligencia política del Estado. Cubiertos por dos palabras mágicas —a saber, INTEGRACION Y DESARROLLO— los conductores de nuevas formas políticas internacionales, profetizan sin reticencias grandezas, logros y triunfos, siempre que se acepten los esquemas de planificación compulsiva, que habrán de guiarnos, según ellos, a etapas de verdadera felicidad, o habrán de sustraernos a las catástrofes sociales y económicas, en procura de una PAZ definitiva. Y aquí observamos también una sospechosa concertación de instancias superestatales, concordes en hacer vibrar la misma cuerda, de modo que en armónico parloteo, se acallen las voces del sentido común, de la filosofía política realista y profunda, de la sangre, de las tradiciones, y los mandatos históricos de la tierra o de la estirpe. Y así oímos resonar las expresiones "teología del desarrollo", "filosofía de la integración", "política de integración", "integración federalista", "economía de integración social", etc. Todas las combinaciones posibles, todas las ciencias operativas, todas las técnicas concebibles en el manejo del hombre y lo que es más sospechoso todas las más venerables formas del saber universal, están al servicio de esta nueva ola, que en definitiva a n t i c i p a etapas del gobierno mundial sinárquico, despreocupado de los pueblos, las naciones y los hombres, y atento sólo a proseguir la ejecución de una política de dominio y esclavitud.

Tal situación compleja tiene en Argentina múltiples versiones, se manifiesta según diversos matices y orientaciones. En orden a nuestra política internacional hay tres aspectos fundamentales que definen esta nueva problemática: ella se expresa además en un nuevo lenguaje, inserto en la antigua formulación, que hace posible la convergencia del acérrimo nacionalista de antaño y los defensores de Spruille Braden o los panegiristas de Waldo Frank. Esos tres aspectos serían: primero la perspectiva hacia Europa; segundo la perspectiva hacia EE. UU.; y tercero la perspectiva hacia el Brasil. No hablamos de una perspectiva hacia oriente, ya sea del orbe comunista, ya sea del orbe sedicente democrático, porque no

se advierten todavía con claridad los signos de esas nuevas tendencias. Sin embargo, el discurso del nuevo presidente del Brasil hace suponer que nos encontramos muy próximos a fundamentales cambios, precisamente por los estímulos de la política internacional del Brasil, que corresponden a su vez a ciertas promociones de los ideólogos planificadores de Washington.

En la triple perspectiva que he mencionado, las líneas operativas reflejan una creciente importancia del Brasil y por lo mismo un replanteo total de sus vínculos con la Argentina. He aquí precisamente donde entra el nuevo lenguaje de los sinarcas, las tendencias ideológicas de un "*aggiornamento*" político (que pretende abandonar la noción clásica de soberanía), la puesta en marcha de fundamentales acuerdos, cuyas consecuencias se nos escapan por ahora. En este sentido en medio del palabrerío de tantas reuniones internacionales, se podría percibir en lo que atañe al panorama hispanoamericano tres niveles, que conviene precisar así:

1) el nivel nominalista de la OEA, que salido del racionalismo liberal y burgués del panamericanismo finisecular, tiende a proteger, como cualquier nominalismo, las tendencias más brutalmente contrarias a la realidad política concreta, en este caso, los pueblos, las naciones, las estirpes, las instituciones, etc.

2) protegida por ese nivel, la construcción integracionista que reune a todos los tópicos, antiguos y modernos, a todas las demostraciones insinceras e inconsistentes, y a todas las presiones, económicas y sociales, particularmente.

3) la corriente secular entrañada con nuestra más honda voluntad histórica, pero que en el marco de nuestras luchas, fracasos y frustraciones parece declinar y favorecer el *aggiornamento* integracionista y sinárquico.

Lo que he llamado nivel "nominalista" fue definitivamente quebrado por el caso de Santo Domingo; lo que llamo

nivel "integracionista" es el plan sinárquico en marcha, y del cual fue un buen ejemplo la presión de la "operación Toynbee".

En cuanto a la perduración de las tendencias constructivas en la línea nacional, ella depende de la claridad con que se adviertan las maniobras mundialistas e imperialistas, y de la decisión con que se afronte la nueva fundación del estado argentino soberano. A esa compleja orientación de la personalidad nacional, llamo precisamente "soberanía fundacional", y en esa labor el entendimiento con el Brasil, o el discernimiento de lo que el enemigo quiere con él y con nosotros es parte fundamental en la ejecución y custodia de esa soberanía.

3

Si nos atenemos a múltiples declaraciones de personeros políticos y financieros norteamericano, es menester despedirse de la "soberanía política", como característica nacional de los dos últimos siglos. Por una especie de recurrencia histórica volvemos a grandes dimensiones de poder imperial incontrastable. Habría pues un ciclo de fragmentaciones y otro de recomposición y como se dice ahora de integración. Nosotros los argentinos estaríamos en el ámbito del imperio norteamericano, cabeza de un poder unificante e integrador, y en el contexto de una unión histórica hispanoamericana que los sinarcas presentan, al mismo tiempo como resultado fatal de un movimiento integrador moderno y tecnológico, y como reasunción de ciertos principios tradicionales, abandonados en circunstancias ya superadas. Se unen pues en este movimiento concentracionista e integracionista y desarrollista, los "tecnócratas de la conducción política" y los "teólogos e ideólogos" que quieren salvar la llamada civilización occidental y cristiana. De esta simbiosis parecen surgir las revoluciones militares hispanoamericanas, cuyo mejor ejemplo sería la revolución de Castello Branco y su institucionalización en la presidencia de Costa e Silva.

La unión de los sedicentes tradicionales, que defendían hace treinta años la restauración del Virreinato del Río de la Plata, o que en sus desplantes ideológicos sugerían actitudes proclives a la monarquía, la unión pues de estos "reacciona-

rios" de antaño, con los progresistas del plástico político, que sale de Washington o del Pentágono, está demostrando justamente la vasta transformación institucional, apoyada en una vasta transformación social y económica y también porque no decirlo en una vasta transformación religiosa. Todo esto es lo que los sinarcas reducen a la palabra "cambio", que junto con los términos "integración" y "desarrollo" expresa la nueva filosofía política, el nuevo humanismo, en el que han sucumbido la antigua lumbre del realismo greco-romano, la venerable impronta de nuestro caudillos, la expectativa de varias generaciones engañadas y desviadas de sus verdaderos objetivos nacionales e institucionales.

Es en este sentido muy típica la argumentación de los sinarcas. Elijo un ejemplo nítido y esclarecedor. Un conocido sinarca estudia las contraposiciones y ventajas de nacionalismo e integración en América latina, y sostiene que frente a los trastornos que trae la independencia política es menester acelerar un proceso de unificación como paso previo a un gobierno mundial. "En la América latina —dice Toynbee, "La Nación" del 31/XII/66— se ha manifestado recientemente un nuevo deseo de unificación. Esto es más manifiesto en el terreno económico, pero puede ser observado también en el sector cultural...". Y luego se pregunta: "¿Están los pueblos latinoamericanos preparados en el plano político para hacer sacrificios de su soberanía nacional?". Esto parece difícil, pues en algunos países los libertadores del siglo XIX no son solamente venerados como héroes, sino adorados casi como dioses. El nacionalismo se ha convertido en una religión más poderosa que el cristianismo. En esos templos del nacionalismo se pueden ver procesiones de niños conducidos por sus maestras, para ser adoctrinados. Si tal enseñanza —agrega— no es contrarrestada por alguna lealtad menos estrecha, mentalmente hablando, es casi seguro que al crecer serán incorregibles nacionalistas. Esta gente se resistirá al llamado de la integración regional, y no querrán oír hablar del llamado en pro del gobierno mundial". (ARNOLD TOYNBEE, *Sobre*

la unificación de los países de América latina, "La Nación", 31/XII/66).

Ahora bien, entre la actual estructura de soberanías nacionales, derivadas según estos personeros, de las crisis imperiales de los siglos XIX y XX, y la construcción novísima del imperio sinárquico mundial, deben cumplirse algunas etapas de integraciones regionales, ya sea al nivel económico, cultural, religioso, político, ya sea al nivel de antiguas configuraciones políticas y religiosas —en América, Africa, Cercano Oriente, etc.— que permitan a los señores del mundo un efectivo y eficaz dominio del globo terráqueo, convertido en asiento de vastas experiencias mundialistas, ecumenistas, concentracionistas.

Oigamos por ejemplo a propósito de la conferencia de Buenos Aires en febrero último las alarmadas y alarmantes palabras de un periódico estadounidense el *Washington Daily News,* en un artículo titulado "los ministros de economía proyectan la estructura de su propio poder". En él se afirma que mientras los gobernantes del hemisferio y sus altos representantes en la OEA están ocupados en la preparación de la agenda para la conferencia de presidentes, los ministros de finanzas y economía de la región están preparando tranquilamente un golpe de estado. Según el artículo, además de "ser sospechosa la coincidencia de las dos reuniones (la de cancilleres y la de ministros de economía), los expertos económicos están decididos a dar vida legal, dentro de las estructuras panamericanas, a su propia autonomía. Serán ellos los que planifiquen el futuro americano, los que pongan en ejecución los proyectos preferidos por ellos mismos y los que los doten con el dinero necesario. Es decir, serán los nuevos dictadores continentales. Triste suerte la de los pueblos americanos, apenas vislumbran una promesa de vida mejor, surgen nuevos y mayores peligros". (Cf. "*La Prensa*", 16/II/67. *Nacionalismo y marxismo en América Latina).*

No resulta pues descabellado sumar a la integración económica la integración política. Y es aquí donde se hacen

agudos los problemas de las relaciones Brasil-Argentina. Pues los planes sinárquicos han configurado al parecer un esquema regionalista e integracionista, cuyo punto de apoyo sería la vasta transformación política del Brasil y cuya palanca sería el esquema de los dictadores-economistas, como dice el diario de Washington.

Estos planes sinárquicos consideran a Brasil y Argentina, según diversas significaciones operativas, les asignarían diversas funciones en el mapa político concentracionista e incluso desde luego diverso valor estratégico. Fundados en razones geográficas, económicas, evolutivas, etc. en lo que podríamos llamar por comodidad "razones geopolíticas", diseñan ese mapa, teniendo en cuenta al parecer peculiaridades del panorama hidrológico, pero apoyados desde luego en otros motivos menos visibles, pero determinantes. Para llegar a la meta propuesta —objetivo intermedio en cuanto a la unificación o gobierno mundial— es preciso conducir el cambio y la integración, hacia el establecimiento de los Estados Unidos de Sur América, unidad regional que habrá de alcanzarse por etapas. Una de esas etapas apunta a constituir al sur del istmo de Panamá tres regiones integradas, una de las cuales miraría al Atlántico, la otra al Pacífico y la tercera hacia el istmo y Méjico. Nos interesa a nosotros la primera pues en ella se ubican Brasil, Argentina, Paraguay, Bolivia y Uruguay. A su vez para alcanzar tal integración es preciso constituir subregiones que modulen hacia la región propiamente dicha, las que establezcan en fin la unificación programada. En este sentido, la tendencia sinárquica sería hacer del Brasil la cabeza de esa regionalización, el punto de apoyo en su política interna que se desplazaría para absorber vastas regiones de incorporación inconclusa. Así en una de las tantas revistas de presión ideológica y propagandística que se publican en Buenos Aires, oímos afirmar a propósito de la conferencia del mes de febrero: "Esta semana veinte cancilleres y trescientos técnicos y diplomáticos se hallan reunidos en Buenos Aires para asistir a cinco conferencias: la III conferencia

interamericana extraordinaria, la XI reunión de consulta, la reunión del Consejo Económico y Social (CIES), la de la de Organización de estados centroamericanos (ODECA) y la de los países de la cuenca del Plata. Todo esto representa un triunfo espectacular de la diplomacia argentina... Cada una de estas conferencias tiene formalmente metas propias: las dos primeras son esencialmente políticas; las del CIES y ODECA, económicas; la de la cuenca del Plata, exploratoria de nuevas posibilidades en el camino de la integración, un tema que como la autodeterminación y la no intervención en las últimas décadas obsesiona a todo el mundo". Y más adelante: "La reunión de los cancilleres de la cuenca del Plata puede ser algo distinto. Nació como resultado de una concepción diferente de los esquemos integracionistas y puede plasmar, en estas escasas horas, un mundo nuevo". (*"Confirmado"*, 16/II/67).

Los entusiasmos sinárquicos de la revista y su apoyo al canciller Costa Méndez no nos convencen en absoluto, en la medida en que ese mundo nuevo avance en la erosión de la soberanía nacional.

De cualquier modo no es preciso ser muy geógrafo para comprender que en cuanto a la cuenca del Plata, Brasil controla las fuentes de los ríos, y en cuanto a la cuenca del Amazonas, una importante subzona de su vasta proyección hidrológica está también bajo el control del Brasil. Por eso mismo, se comprenden algunas elucubraciones sinárquicas en cuanto al proceso integracionista, propugnado por Toynbee y otros. Esas elucubraciones tienen varios aspectos y fundamentaciones: en primer lugar, la planificación geográfica del Brasil en términos de geopolítica.

En efecto, Brasil sería el único país capaz de controlar el *hinterland* de Sudamérica, tal como lo fue en su momento dado la Alemania de preguerra, o lo es ahora la Rusia soviética de post-guerra. Brasil, en otras palabras, sería en el cono sur americano lo que Rusia en la península europea. Su vasto territorio, con fronteras prácticamente totales, su trasfondo

hidrológico, su vasto desarrollo marítimo hacia el Atlántico, etc. lo transformarían en eje forzoso de la integración latinoamericana.

De estos argumentos sinárquicos, el más importante se refiere al control y aprovechamiento del *hinterland* del continente. Dos motivos dinámicos muestran la importancia y gravedad de estas consideraciones. El primero se refiere a la "conquista" y "dominio" de la totalidad de ese *hinterland*, sobre cuyo respaldo habrá de consolidarse la política integracionista y desarrollista superestatal. En esa expansión quedan dentro de ese *hinterland*, Paraguay, el litoral y nordeste argentinos junto con las vastas extensiones de las fuentes hidrológicas de la cuenca del Plata, y por supuesto el Uruguay. Erigida en esa integración, así esquematizada, la unificación que mira hacia el Atlántico y los grandes ríos, sería un hecho irreversible, sobre todo por sus efectos en una población zonal, que podría superar muy pronto los 150 millones, y resultar así un ejemplo de desarrollo en escala supranacional. Quiero aludir a las consecuencias, que según los sinarcas tendría esta planificación en los programas mundialistas en ejecución.

Aquí desde luego se interpondría el obstáculo argentino; cómo vencerlo es el actual rompecabezas de los planificadores de la sinarquía, según el estilo de Toynbee y sus seguidores. Pues así como comparé a Brasil con Rusia, debo comparar a Argentina con Francia. La conclusión de la segunda guerra mundial ha significado el cumplimiento, para Europa, de planes sinárquicos, claramente expuestos en publicaciones de 1941, anteriores a la intervención de EE. UU. en la guerra. En todo caso, las consecuencias de la liquidación de Alemania, la división de Alemania y Polonia, la extinción de los Estados bálticos, etc., ha sido en definitiva la concreción de la hegemonía rusa en Europa, hegemonía aceptada hoy incluso por el Vaticano. Frente a ese control, sólo se interpone Francia: y de aquí nace la política de París y Moscú, según nuevas orientaciones sinarquistas, demasiado visibles en Europa.

Y bien, Argentina sería en el cono sur americano, lo que

Francia en Europa de una Rusia hegemónica. Se debe prever entonces una política concordante con esos trasfondos y la posibilidad de un eje Buenos Aires - Río de Janeiro, apoyado también por los sinarcas vaticanistas.

Por ello al motivo del control del *hinterland* americano en el cono sur, se suma el motivo estrictamente sociológico-político, que sería el segundo aspecto dinámico considerado. Ese motivo político se traduce en tres términos mágicos: *cambio, integración* y *desarrollo.*

No sabemos cuáles serán los resultados concretos de la conferencia de países de la cuenca del Plata. Cualesquiera sean es evidente que su contexto bueno o malo, ineficaz o conducente, se apoya en Buenos Aires y Río de Janeiro. Y en este sentido, la delicada cuestión de las relaciones argentino-brasileñas pone un compás de espera a los planes sinarquistas. Por eso Toynbee y otros personeros no se refieren a tal problemática dentro de nuestro país, pues saben que despertarían las más graves sospechas en nuestro pueblo, naturalmente intuitivo. Lo hacen fuera de la Argentina, o en artículos periodísticos, con que procuran fustigar la "religión del nacionalismo".

Por encima de este panorama o en concordancia con él, debe ubicarse lo que el periódico de Washington denomina "golpe de estado de los nuevos dictadores, es decir, los economistas". Y aquí las complicadas tensiones y fracasos económicos y financieros puede provocar fallas interminables y favorecer el proceso mundialista. De todas maneras, los sinarcas prefieren un Brasil altamente industrializado que dé en los próximos años el salto que dio Rusia en la década del 30 con el apoyo norteamericano, y que puede dar China en la década del 70. Porque la consideración geopolítica de que he hablado implica una vasta transformación técnica que otorgue a ese estado conductor una dinámica de cierta autonomía y un respaldo en el cambio social interno.

Finalmente, sobre esa planificación se cierne la vigilancia de los ideólogos de Washington y del Pentágono, conectados con el programa imperialista de EE. UU. y con las tendencias

políticas ecumenistas, que hacen de la división occidente-oriente un instrumento de gobierno mundial. De esta manera se entiende perfectamente el lenguaje de los últimos años, orientado a preparar las condiciones mentales de tales cambios decisivos.

4

El esquema del *hinterland* brasileño que absorbe en definitiva el *hinterland* del cono sur es fundamental para entender las planificaciones integracionistas antinacionales. De ese esquema proceden algunas consecuencias que tocan al resto de Hispanoamérica y otras más particularmente a nuestro país. El desplazamiento del *hinterland* se recuesta en la cordillera de los Andes, o en los litorales antillanos, centroamericanos. Lo que queda más allá pertenece pues a otras dos regiones integradas: la del Pacífico central y sur, y la de Centroamérica y Méjico. Pero todo ello depende del primer proceso dinámico, que resultaría un ensayo fundamental en los preparativos para el gobierno mundialista.

En cuanto a la Argentina, la regionalización de su litoral y nordeste implicaría consecuentemente una reacomodación interna sobre la base de otras entidades sub-regionales: el centro-oeste y el sur patagónico.

En lo que atañe al esquema sociológico, las posibilidades de actuación en la complicada estructura racial del Brasil, haría más viable la operación sinárquica que en Argentina, cuyo pueblo está altamente politizado. No podríamos determinar con exactitud la veracidad de tales presupuestos en cuanto al panorama sociológico. Indudablemente, sin embargo, los ideólogos ecumenistas del Pentágono deben igualar tal vez el actual panorama del Brasil con el de la Rusia zarista, al fin de la primera guerra mundial, cuyo proceso integracionista se

cumplió como objetivo político de primer grado, bajo la férrea conducción del poder bolchevique.

En fin, en cuanto al esquema político propiamente dicho, el Brasil del Imperio y la Argentina del Virreinato coincidirían ahora en un movimiento convergente, por encima de las soberanías nacionales y reasumiendo, según los sinarcas, tendencias expansivas y colonizadoras, detenidas por el liberalismo y la fragmentación nacional del siglo XIX. Así se explican las inadmisibles teorías del ex canciller Juracy Magalhaes, el intento de la fuerza interamericana de paz, e incluso el proyecto de institucionalización de la Junta Interamericana de Defensa. So pretexto de defendernos contra el comunismo cubano —que establecieron los ideólogos del Departamento de Estado— los sinarcas quieren embarcarnos en la primera fase concentracionista militar, que tendría vastas repercusiones imprevisibles. El movimiento de tenazas se cumpliría así magníficamente: creada la fiera, tolerado su rigor desalmado y antihumano, se trata de crear el instrumento para dominarla. Pero la libertad de los pueblos no puede estar en función ni de una ni de la otra cosa.

En el esquema económico son suficientemente explícitos los términos del diario norteamericano, para comprender el confuso panorama de la Alianza para el Progreso, cuya filosofía destacó un último discurso, bastante sibilino, del embajador yanqui ante la OEA, Sol Linowitz, el 27/III/67 (*La Prensa*, 28/III/67, pág. 1). Allí distinguió claramente entre el plan Marshall, cuya misión era rehabilitar, y esta alianza, cuyo objetivo sería establecer muchas cosas desde sus mismos cimientos. "Subrayó —añade *La Prensa*— que en la próxima reunión de los jefes de Estado del hemisferio habrá respuestas definitivas y se abrirán brechas tan nuevas como audaces, para puntualizar que las más importantes tendrán lugar en relación con el complejo problema de la integración económica latinoamericana". Todas estas sibilinas sentencias nos dejan llenos de dudas, pues los urgentes problemas de los pueblos americanos no podrán resolverse en la mesa de coordinadores eco-

nómicos, si se da las espaldas a la voluntad política masiva, a la conciencia alertada y a la historia secular de nobles aspiraciones institucionales. El discurso del embajador yanqui parece pues confirmar las sombrías predicciones del diario de Washington.

Es probable pues que estas y otras categorías económicas apunten a los mismos fines; probablemente además ellas serán las que funcionen con mayor prontitud, a la espera de ciertos resultados concretos, los cuales se transferirán desde luego a niveles políticos más definidos. No está demás seguir alertadamente el itinerario ulterior de estas increíbles configuraciones de dominio imperialista, pues sus planteos abstractos siempre ofrecerán fisura para el derrumbe, siempre serán combatidos por la condición del hombre o de las comunidades verdaderamente libres.

Si quisiéramos resumir estos diversos niveles de los planes sinárquicos, integracionistas y mundialistas, deberíamos hablar de una "provincialización de las naciones", según esquemas que varios ideólogos del mundo han expuesto con claridad. Esa "provincialización" es el efecto predominante de la reinstalación de poderes "imperiales" en el mundo (que son para nosotros poderes nefastos superestatales). En esa provincialización, que abarcaría fundamentales dimensiones humanas y políticas, hallaríase el principio promotor de la integración regional en la autoridad de los procónsules, o en las regiones proconsulares, o en las provincias proconsulares, ante naciones soberanas.

Tal sería la etapa de las concentraciones imperialistas, paso previo indispensable para el gobierno unificado del mundo. Y así como el sacro imperio romano germánico de Europa era el resultado institucional de la monarquía europea, así el gobierno mundial del siglo xx sería el resultado institucional de la coalición de los poderes imperialistas, instaurados sobre la provincialización de las naciones, edificada a su vez sobre la regionalización e integración, como la que nos presenta el caso del *hinterland* en el cono sur americano. Esquematizando

el desarrollo precedente diseñaríamos cuatro instancias, sobre las que convergen los estímulos sinárquicos; 1) integración regional; 2) provincialización de las naciones; 3) reinstauración efectiva de poderes "imperiales", para nosotros crueles concentraciones tecnocráticas de los imperialismos económicos e ideológicos; 4) gobierno mundial. No necesito agregar que esto significa lisa y llanamente la muerte de la soberanía política y el perecimiento de la Nación.

5

A tales esquemas y en particular al que he denominado "provincialización de las naciones", oponemos nosotros la concepción de la soberanía fundacional con que he titulado esta conferencia, y que implica partiendo de las mismas consideraciones fenomenológicas un itinerario contrapuesto. Esa noción de soberanía fundacional, válida para todos los estados que proceden de raíces históricas incuestionables y que se han afirmado en un decurso temporal de consecuencias incambiables, esa noción de soberanía fundacional sería la coronación de la soberanía política, tal como la ha entendido el mundo moderno. Esa noción es válida también para el Brasil, en la medida en que éste representa una comunidad inconfundible en América y el mundo.

La soberanía política ha consistido en el establecimiento de ciertos poderes decisionistas en márgenes de fronteras más o menos fluctuantes. Toda la historia argentina se resumiría en esa formulación: coincidencia de una línea tradicional y de una nueva línea decisionista, que lleva adelante la instauración del Estado Nacional. Naturalmente que ese proceso detenido, cortado o simplemente trabado tiende a generar conflictos peligrosos para la soberanía política (en el sentido clásico), y para la soberanía fundacional (en el sentido promotor, coordinador y humanista). Por eso mismo, sin ser demasiado sutiles debe pensarse que los poderes sinárquicos superestatales, o los imperialismos económicos o ideológicos tienen interés

en promover el fracaso de la soberanía política, a fin de impedir su coronación natural y fructífera; tienen interés en crear el caos político (desde el punto de vista de la relación entre esa soberanía y el equilibrio social-institucional de un pueblo), pues de esa manera quedará abierta la ruta hacia las integraciones mundialistas. Siempre se ve el mismo método de tenaza o el mismo estímulo dialéctico: crear el caos para dominarlo según esquemas preconcebidos. Así se explicaría la balcanización de vastas regiones de África, proceso que habrá de coronarse por lo que propugna Toynbee en una contramarcha concentracionista. Aquí los obstáculos aparecerían en África del Sur, Rhodesia y Portugal, y en cierta medida en la política de los estados árabes o de influencia árabe. Pero el plan anglo-yankee, en lo que respecta a África, es un secreto a voces.

La balcanización de Hispanoamérica fue hecha en el siglo XIX. Por ese camino no se puede avanzar más; se trata entonces de suscitar el caos político para imponer la concentración integracionista, la provincialización de las naciones, referida a su vez al vasto programa de instauración de un gobierno mundial decisionista.

Por eso mismo preservar la soberanía política implica mantener la herencia histórica; y esta ley es válida para todos; no se puede retroceder a virreinatos perimidos, ni tolerar imperios derrotados o liquidados, ni promover planteos de hegemonías cuestionables y dudosas.

Ahora bien, la soberanía política se funda en un principio intrínseco de justicia, pues la relación entre el poder y la comunidad gobernada no es arbitraria ni ocasional, sino estable y permanente. Por eso el estado —expresión consciente de esa soberanía política— debe ser al mismo tiempo la máxima encarnación de una justicia verdadera. Tal es la concepción greco-romana, y en tales instancias se fundamentan nuestras soberanías políticas. Relegar esas instancias o abandonarlas significa caer en manos de los crueles conquistadores modernos, que sin misericordia no trepidarán en destruir lo más humano y lo más noble, instaurando una coacción tecnocrática

en lugar de los poderes políticos humanistas y destruyendo de esa manera el trasfondo de la justicia fundacional, que es la esencia de nuestra historia. Por eso mismo, la quiebra o la caducidad del vínculo promotor entre la soberanía política y la justicia significa perder los títulos más legítimos que tiene el estado, y supone quedar a merced de las poderosas corrientes imperialistas, que se mueven según otras líneas de fuerzas.

Es preciso además coronar esa soberanía con la soberanía fundacional, la que consiste en revigorizar las estructuras de un estado justo y al mismo tiempo proyectarse en la dinámica interna de la vida nacional, r e a s u m i e n d o la totalidad de los estamentos nacionales, o en tender hacia la consumación de la vida internacional, convergiendo en un pacto libre de naciones libres, pacto que signifique la f u n d a c i ó n de una nueva comunidad internacional.

La soberanía política pertenecería pues al orden de la justicia conmutativa y legal, mientras que la soberanía fundacional pertenecería al orden de la justicia distributiva, en cuyo contexto se enmarca la hoy llamada justicia social. Pero se engañan quienes creen contra el derecho natural que esa justicia distributiva se realizará compulsivamente desde un nivel superestatal y contranacional, según el esquema de regionalizaciones sucesivas, ya esbozado, y se engañan quienes creen que de allí saldrá una etapa más fructífera y más eficiente de la llamada justicia social. Con el perecimiento de la soberanía política y fundacional, perecerá también la verdadera justicia social, y los hombres, particularmente los trabajadores, serán embarcados en una vasta planificación esclavista, de la que no hay memoria en el mundo.

El reclamo de la justicia social, en efecto, es el primerísimo objetivo de una verdadera soberanía política y el primerísimo momento de una soberanía fundacional. Por eso mismo en aquellos estados romanistas como el nuestro, que coaligaron tierra, lengua, tradición, instituciones, y establecieron aunque sea precariamente un principio de soberanía política irrevocable, esos estados pues donde la justicia distributiva y social

ha cesado de ser el primerísimo objetivo creador y suscitante, corren el peligro de ver erosionada y destruida la soberanía política, y por supuesto se alejan cada vez más de la soberanía fundacional. En esa encrucijada aparecen las planificaciones sinárquicas, los planificadores superestatales de signo imperialista o de signo religioso, los que prometen gobernar despojando a los hombres de las preocupaciones políticas, exhibiendo un programa de rápido desarrollo tecnológico, y obstruyendo los caminos de la verdadera soberanía llevada al plano de los vínculos internacionales.

Sin soberanía política, expresada de alguna manera justa en los niveles de los poderes concretos, no podrá haber sociedad justa en el mundo. Pues la soberanía política está entrañada en la convergencia social del hombre, y no puede ser sustituida por poderes tecnocráticos y esotéricos como los que se ejercen en las concentraciones sinarquistas. Y sin soberanía fundacional el panorama de los acuerdos internacionales tomará el aspecto de vastas trenzas de intereses espúreos, y habrá caducado la comunidad internacional, sustituida por instituciones superestatales, que no es lo mismo.

La soberanía política entendida como justicia conmutativa entre el estado y la comunidad, y la justicia legal como atributo especialísimo de los caracteres nacionales de ese estado, impiden el caos institucional o social. La soberanía fundacional, entendida como justicia distributiva, elimina las causas de todo enfrentamiento civil y promueve al nivel internacional un intercambio y complementación distributivas, que constituye la base de la comunidad internacional justa. Pero todo esto no puede derivar de poderes tecnocráticos deshumanizados, sino de una instancia que refleje el humanismo más acabado de los ciudadanos, o sea, el no ser ni presa, ni siervos de los hombres, y el no tolerar la existencia de lobos rapaces ni de déspotas egoístas. En esa zona superior, en que el hombre se afirma y se humaniza hunde sus raíces la justicia entitativa de la soberanía, que hace justos a los hombres cuando los congrega en un estado justo (soberanía política), y que los hace mag-

nánimos, cuando los congrega en verdaderas instancias internacionales (soberanía fundacional).

Las relaciones con el Brasil, o con cualquier otro pueblo o estado, no podrán ser fructíferas, si se desprecian estos fundamentos insoslayables, irremplazables y definitivos. Si mencionamos el caso del Brasil, ello obedece a circunstancias muy concretas de las planificaciones sinárquicas, que no pueden convencernos a nosotros, ni al noble pueblo hermano. No es este pues un planteo de reivindicaciones, sino un esclarecimiento del panorama concreto, que se ha hecho demasiado nítido con los viajes, discursos y principios enunciados por el ex-canciller Juracy Magalhaes. Sabemos que detrás de tales planteos se yerguen los ideólogos del imperialismo norteamericano, dispuestos a sacrificar a los pueblos en nombre de sus esquemas anti-romanistas y contranacionales, o los sinarcas que como Toynbee quieren apurar la constitución de un gobierno mundial, para entregarnos en brazos de los señores del mundo.

El Brasil tiene en la conquista y consolidación de su propio *hinterland* un motivo suficiente para ejercer esta justicia del estado soberano, esta soberanía fundacional promotora. La Argentina en el definitivo proceso de instaurar un estado soberano justo, eliminando las tensiones fratricidas, suprimiendo el caos institucional, creando en una palabra aquellas instancias políticas capaces de prolongar la herencia nacional, completarla y coronarla, con una nueva sensibilidad social, tiene el camino abierto a la grandeza, la justicia, sin detrimento de la libertad ni de la paz. ¿Cómo será posible entonces que caigamos en los planes abstractos de regionalizaciones, provincialización de naciones, y concentraciones sinárquicas, obedeciendo al dictado de los señores de la economía? ¿Cómo será posible que por el dominio imperialista que detenta una moneda fuerte abandonemos la sagrada herencia de quienes construyeron la patria con sangre, ideales y trabajo, y prefiramos la seguridad aparente del desarrollismo yankee o marxista, sin buscar por nosotros mismos la ruta que nos corresponde?

La antinomia que plantean los sinarcas entre soberanía

nacional y comunidad internacional justa y equilibrada es falsa. Si se aplastan, erosionan o falsean las soberanías políticas, o se ignora el reclamo de la soberanía fundacional, dotada de los caracteres que hemos descripto, no existirá verdadera comunidad internacional, sino un conglomerado de pueblos en vista de la regimentación mundial. No puede esgrimirse el problema del hambre, de la miseria, del subdesarrollo, de la presión social, etc., etc., pues tales difíciles coyunturas se proyectan amenazadoras como resultado de las mismas fuerzas corrosivas y egoístas, que ahora en estas novísimas instancias pretenden conformarnos con la quietud del vientre, sin dejar de explotar vastos núcleos humanos. Si no se indican los modos concretos con que el hombre ha de alcanzar el más alto grado de humanidad, en una sociedad política justa, serán vanos todos los planes de tecnificación y desarrollo: la esclavitud será más vasta y más precisa, y el hombre menos humano. Si no se respetan los trasfondos concretos de la tierra, la patria, la nación y el estado, serán vanos todos los tratados, pues la paz será el resultado de la vigilancia y la acción punitiva, y no la medida de la feliz posesión de los bienes compartidos. Si no se promueve en fin una renovación de los recursos creadores del hombre concreto, serán vanos y corruptores todos los dólares y todo el oro que se congregue, pues la empresa sinarquista no quiere el bien justo sino el dominio pleno, no quiere la comunidad nacional equilibrada, sino el conglomerado dócil a los estímulos de explotación y propaganda; no quiere en fin el noble entendimiento de los pueblos soberanos, en un libre pacto de justicia fundacional, sino el rencor manejado como recurso de coerción, regimentación y planificación superestatal y sinárquica.

En todos estos aspectos Brasil y Argentina presentan aspectos sorprendentes de personalidad y deterioro, de posibilidades y frustraciones, de esperanza y de pesimismo. Pero así como en el hombre, esa mezcla concreta, esa indecisa connotación de sus rutas, sirve para realizar decisiones creadoras: ellas construyen al hombre concreto, y a las naciones, histórí-

camente válidas; ellas promueven las obras imperecederas de los hombres individuales y la herencia inconmovible de los pueblos soberanos. En esas decisiones creadoras, debe fundarse la política y la soberanía fundacional. Pues el problema no es económico, sino político, y podría formularse así: ¿Con qué actos creativos, fundacionales, habrán de instaurarse instituciones políticas justas, que gobiernen con equidad a los pueblos según esa misma medida creadora y dispensadora, y que atenúen o eliminen las tensiones internas, las explotaciones corrosivas, las falsas regimentaciones ideológicas? Y en fin ¿con qué recursos educativos habrá de promoverse el más auténtico humanismo político, que no puede abandonar el reclamo de la justicia y de la soberanía, a fin de que en el trasvasamiento generacional se mantenga la llama de los ideales, la justicia de la distribución de los bienes temporales, la necesaria libertad del espíritu creador, el reclamo insoslayable de la justicia fundacional? Estas dos cuestiones, urgentes, urgentísimas para Argentina y Brasil, no podrán ser resueltas por los dictadores economistas, mencionados por el diario de Washington; no podrán ser resueltas tampoco por los sinarcas ideólogos de una empresa antinacional. Esas dos cuestiones, la estrictamente política y la que podríamos denominar del vínculo de las generaciones en una educación humanística promotora, constituyen el punto de partida de lo que he llamado soberanía fundacional. En ella está el único camino en un franco y noble entendimiento, de una respuesta a los urgentes reclamos de la hora, de un sabio respeto a la naturaleza del hombre y de las naciones.

6

Si el embajador Linowitz, en la OEA, se ha permitido un lenguaje tan sibilino, que hiere nuestra sensibilidad nacional y nuestro decoro, nosotros en ocasión de la reunión de presidentes en Punta del Este, usamos del lenguaje de los hombres libres en un estado libre, según los principios que he formulado de soberanía fundacional, como coronación de la soberanía política. Y sabiendo que los ocasionales gobernantes llevan sobre sus espaldas el tremendo peso de una responsabilidad sin igual en nuestro pasado, y que además concentran poderes especialísimos para salvaguardar nuestra inconfundible entidad histórica les presentamos el reclamo de los más nobles sentimientos y de los principios más justos y nítidos, válidos para todos los pueblos, diáfanos para todas las mentes, igualmente distantes del esoterismo sospechoso de los sinarcas, como del confuso palabrerío de los tecnócratas. Es preciso que Argentina subraye los caracteres intocados e intocables de la soberanía nacional, y que se sustraiga al dictado de los planificadores económicos, postulando las más importantes soluciones políticas, que signifiquen para la comunidad hispanoamericana una nueva etapa creativa. Es preciso rechazar todas las nebulosas elucubraciones de Juracy Magalhaes y sus inconfundibles trasfondos sinárquicos, contrarios a las mejores tradiciones del Brasil y la Argentina, y sobre todo proclives a mantener a los pueblos en un nivel masivo de dominio imperialista. Repetimos: los dólares y el oro no resolverán las graves

cuestiones políticas, entrañadas en una crisis institucional de proporciones colosales y funestas. Los dólares y el oro no tienen ningún poder creativo, pueden ser por el contrario realmente corruptores y destructores si ellos no se subordinan con claridad a la justicia entitativa del hombre y de los estados, y si no se buscan y encuentran soluciones políticas concretas, del orden de la naturaleza política de las naciones mismas.

Brasil y Argentina están obligadas por innumerables circunstancias históricas del pasado y del presente, a procurar esas soluciones: esa sería una primera etapa de la soberanía fundacional. Están obligadas además a conducir las relaciones internacionales, guardando fidelidad a los pueblos y procurando una real complementación que no se subordine a sospechosas regimentaciones tecnocráticas ni tampoco a esquemas funestos para la vida auténtica de cada nación.

Brasil y Argentina tienen en esta ocasión del mundo la posibilidad de rehacer la contextura social de un pueblo sacudido en sus más hondas motivaciones, de concretar el crecimiento justo y la justa armonía de los bienes temporales, de hacer una obra creativa de instauración política que represente la línea de la vida fervorosa, y no el horizonte de la sumisión y de la esclavitud. Brasil y Argentina, finalmente, tienen en sus manos la coyuntura decisiva de una gran política de los pueblos latinos, que repita sobre las márgenes del Atlántico el ímpetu fundacional romano y se contagie de aquella grandeza, viviente hoy en la más entrañable contextura de la soberanía fundacional entitativa y promotora.

Por eso nuestro pensamiento –que esperamos sea el pensamiento de nuestro presidente, o de quienes lo representen en estas instancias de singular gravedad– no asume en estos momentos un carácter polémico, ni el sesgo de una opinión más o menos contrapuesta a otras opiniones. Nuestro pensamiento es fielmente categórico, apunta a desentrañar los peligros más abrumadores, ocultos en la aparente inocencia de un vocabulario, una doctrina y unos planes, dignos de ser revisados a fondo. Alertamos por eso a nuestro gobierno y a nuestros com-

patriotas: QUEREMOS LA PATRIA ENTERA, LA PATRIA SOBERANA, que reasuma las raíces de la nación y del estado, y por un programa fundacional político prolongue sin mella de ningún calibre la tierra de los argentinos, la nación de los argentinos y el estado político de los argentinos. Para ello es preciso una gigantesca obra de creación y el rechazo total de los planes sinárquicos, que se despliegan con rapidez increíble y con audacia de nuevos conquistadores superestatales. Lo más tesonero de nuestra voluntad y lo más esclarecido de nuestra inteligencia debe estar al servicio de este glorioso designio fundacional, que no es reacción, ni mera restauración, ni reordenamiento tecnocrático: es simplemente una nueva creación política, un rostro definitivo de la soberanía y la justicia, a fin de salvar la noble tierra argentina del oro de los persas y sus sátrapas, y al noble pueblo argentino de las maquinaciones sinárquicas contra su justicia entitativa soberana. Sobre nuestras tumbas podrán inscribirse con decoro y con elogio el glorioso epitafio de los héroes de las Termópilas griegas, pues hemos mantenido sin defección la vigilia de la patria.

Estamos nosotros como los montoneros en aquel episodio, al comienzo de la *Guerra Gaucha,* de Leopoldo Lugones. Una partida ha sido sorprendida por los godos, y en la escaramuza y dispersión, ha caído la improvisada bandera al fondo de una abrupta quebrada; el sargento de la partida, maltrecho y malherido, ante el gesto y la mirada de su capitán, hondamente disgustado por la derrota, se apresta a recuperar la lanza con la banderola, caída entre los espinares y rocas del abismo. Penosamente desciende, cae, se precipita envuelto en lluvia de piedras, pero llega al fin hasta el fondo, y levanta el asta partida, en cuyo extremo hace ondear el desgarrado símbolo. "*Cuando el herido la aseguró en sus manos* –dice Lugones– *irguió el busto ante la partida que lo observaba, tan pálido que lo advertían a pesar de la altura. Pero mientras sacudía el trofeo, un gesto de victoria lo transfiguró. Vieron el grito que hasta ellos no ascendía, sintiéronlo en el corazón, y en*

un eco de sollozante clarinada se lo devolvieron: VIVA LA PATRIA. *Y el capitán, con el pecho como una fogata de alcohol, transportado por el alma que irrumpía en ese grito... atrajo a uno de sus hombres al azar, estrechólo entre sus brazos, y sobre aquellas crines épicas, ante el pueblo de estos montes, en presencia del sol, lloró de gloria."*

Así estamos nosotros: la bandera caída en el abismo, no vencida, pero quebrada el asta que la sostiene, confundida en el tumulto de estas sombras de la patria. Hay que descender como aquel sargento a las honduras del abismo para recobrarla y erguirla, en la plenitud de su gloria; hay que recomponer los cuadros para este combate quizá definitivo y hay que encabezar la reconquista total de la Nación y del Estado de los argentinos para los argentinos. Hay que descender pues hasta el caído símbolo de nuestra voluntad soberana, y al levantarlo sin ambages, deben fulgurar las metas a que nos conduce su indefectible gloria: SOBERANÍA POLÍTICA, INDEPENDENCIA ECONÓMICA, JUSTICIA SOCIAL.

APÉNDICE

Reproduzco aquí algunos testimonios leídos para apoyar los conceptos de esta conferencia. Ellos proceden de diversas publicaciones y personas, pero concurren en sustancia a corroborar el cambio de actitud en cuanto a la soberanía política. En cada caso se indica la publicación de donde ha sido tomado el testimonio.

1. – Las integraciones supranacionales viven ya en el proceso histórico. Y serán en el futuro, a no dudarlo, una realidad, cuyo logro exigirá enormes esfuerzos y sacrificios. Constituyen, me atrevo a afirmarlo, una fatalidad histórica... Cuando la soberanía nacional haya cumplido su ciclo histórico, será natural que se revisen su concepto y su contenido. (Del discurso del general Juan E. Guglialmelli, entonces director de la *Escuela Superior de Guerra*, al clausurar el año lectivo del *Centro de Altos Estudios del Ejército*. "*La Nación*", 17/XII/1965.)

2. – Respecto a la internacionalización de la Antártida, el comandante de Operaciones Navales (contralmirante Benigno Varela) expresó que ello era un hecho reconocido por todo el mundo, aclarando que la soberanía argentina sobre dicha zona se limita a tareas científicas, que se realizan junto con otros países. ("*La Razón*", 21/VI/67.)

3. – La premisa teórica de todo planteo (sobre las relaciones de Brasil y Argentina) consiste en la tesis conforme a la cual tanto la nación como la soberanía son realidades sociológica y jurídicamente superadas. (Del trabajo del señor Oscar H. Camilión, funcionario del gobierno Frondizi, *La relación argentino-brasileña en el mundo actual*, publicado por la revista *Temas Militares*, enero-febrero 1967, pág. 36. Cola-

bora en esta revista el mismo general Guglialmelli, antes citado.)

4. – La creación de una fuerza interamericana de paz será debatida en Buenos Aires por el ministro de ejército del Brasil (general Lyra Tavares) y ministros argentinos... Agrega la información (publicada por el rotativo carioca *Ultima Hora*) que la fuerza militar permanente consagrará la doctrina Mac Namara, que quiere gobiernos militares en el continente vigilados por una fuerza supranacional. Si esa iniciativa fuese llevada a cabo, concluye el diario, un ejército superdesarrollado estará en condiciones de dictar normas a los ejércitos del continente, incluso de Brasil. (*"La Razón"*, 26/V/67.)

5. – En el caso de las grandes cuencas internacionales, como la del Plata, surgen problemas de carácter político que influyen en los gobiernos de los países interesados, quienes deberán resignar una parte de sus derechos en aras de la mejor solución común. (De la conferencia pronunciada por el Ing. A. P. Lucchini, sobre *Perspectivas de la Argentina dentro de la cuenca del Plata*, en el *Ateneo de la República* –al que pertenece nuestro embajador en el Brasil–, conferencia que hizo el planteo técnico-integracionista. *"Clarín"*, 4/VII/67.)

6. – En el *Instituto de Estudios e Investigaciones* (Buenos Aires) se ha realizado un "seminario" sobre *Algunos aspectos básicos de la integración de la cuenca del Plata.* (*"La Nación"*, 20/VI/67.) El seminario concluye con el sugestivo tema *La fluidez de las fronteras.*

7. – El comité intergubernamental de la cuenca del Plata aprobó el proyecto para su reglamento interno. El comité se constituyó recientemente, con asiento en Buenos Aires, integrado por los embajadores de Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, y por el subsecretario de Relaciones Exteriores como delegado de la Argentina. (*"La Nación"*, 22/VI/67.)

8. — El Banco Interamericano de Desarrollo informó que ha aprobado un aporte inicial de 250.000 dólares para la preparación de un informe preliminar sobre el desarrollo integrado de la cuenca del Plata... La elaboración del informe... estará a cargo del *Instituto para la integración de América Latina* (INTAL). (*"La Nación"*, 28/VI/67.)

9. — La contribución del BID provendrá de su fondo de preinversión para la integración de América Latina, establecido en 1966 dentro del marco de la *alianza para el progreso*, para promover la preparación de estudios de proyectos multinacionales... INTAL, centro de estudios e investigaciones sobre el proceso de integración regional, establecido por el Banco en Buenos Aires, en 1964, tendrá a su cargo la elaboración del informe. (*"El Día"*, 27/VI/67.)

10. — El "estudio preliminar sobre el desarrollo integrado de la cuenca del Plata", presentado por INTAL el 15/V/67, consta de 14 páginas, policopiadas, y fue presentado a la conferencia *"Agua para la paz"*, en Washington. El trabajo consta de nueve apartados, que van desde la descripción somera de la cuenca, hasta aspectos técnicos muy precisos. El apartado IX se titula *Un desafío a la técnica y a la política*, y su primer párrafo dice: "En el progreso irreversible hacia la integración latinoamericana, es preciso echar mano de todas las coyunturas favorables. El desarrollo integrado de una cuenca hidrográfica es una de ellas. Por su intermedio se introduciría en primer plano a un extraño, largo tiempo ausente en la historia de nuestros pueblos: la América interior. A través de la dinamización de la malla hidrográfica puede entrar en juego ese mundo remoto del *hinterland* con sus variados potenciales" (pág. 13).

11. — Partidarios y adversarios del régimen (brasileño) cierran filas en torno del comunicado de la *Comisión Nacional de Energía nuclear*, en el cual se expresan claramente dos

puntos: 1) Brasil continúa defendiendo el derecho de realizar explosiones de artefactos nucleares con fines pacíficos... Brasil necesita también fortalecer su imagen y su liderazgo continental, comentó una fuente militar a *Jornal do Brasil*, como si el país encarase los explosivos atómicos como un instrumento de promoción política. (*"Clarín"*, 11/VII/67.)

12. – El presidente del Brasil dejó bien establecido que el objetivo de su gobierno es poner al Brasil en el camino del desarrollo económico y tecnológico que lo lleve a la jerarquía de potencia mundial. (*"Clarín"*, 13/VII/67.)

13. – El gobierno de Brasil está estudiando planes para unir la cuenca del Río de la Plata con el sistema del Amazonas, declaró un portavoz del Departamento de Transportes. Tenemos bajo estudio un amplio plan para aumentar a 230.000 nuestros 34.000 kms. de recorrido navegable. Interrogado sobre si esta obra se haría sólo después que se desarrolle la bomba atómica limpia, contestó: Estamos realizando los estudios necesarios, pero el método a emplearse quedará para otra etapa. (*"La Prensa"*, 19/VII/67.)

Se terminó de imprimir
en casa de
don Domingo E. Taladriz,
San Juan 3875, Buenos Aires,
el 20 de noviembre
de 1967,
como homenaje a los héroes
de la "Vuelta de Obligado".

LAUS DEO